

CARLOS ALVAR, FERNANDO GÓMEZ REDONDO y GEORGES MARTIN (eds.), *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas. Actas del Congreso Internacional "IX Centenario de la muerte del Cid", celebrado en la Universidad de Alcalá de Henares los días 19 y 20 de noviembre de 1999*. Universidad, Alcalá, 2002; 421 pp.

Como indican los editores en unas rápidas "Palabras preliminares", el encuentro que da origen a estas actas nace del trabajo del *Séminaire d'Études Médiévales Hispaniques*, realizado desde 1997, bajo la dirección de Georges Martin, cuyos objetivos eran la promoción de "encuentros interdisciplinarios –derecho e historia, lengua y literatura– que se centraran en la construcción de una «Historia de las ideas políticas en la España medieval»" (p. 3). En el caso del Campeador y de la variada producción textual que se nutre con su figura (que va de las crónicas latinas a los romances, del conocido Códice de Vivar a las "Cosas del Cid" de Rubén Darío), ningún acercamiento podría resultar más fructífero y atinado que éste. La oportunidad de preparar este congreso de dos días en ocasión del IX Centenario de la muerte de Rodrigo Díaz no aventuraba por sí misma la apabullante calidad y enorme riqueza del producto final. Aunque la imagen del IX Centenario obliga a pensar primeramente en la visión oficialista que ha acompañado en algunos momentos a la figura cidiana, la orientación académica de las participaciones y abundancia de los materiales tratados dibujan un perfil recorrido por nuevas y provechosas líneas de investigación que involucran la recepción, el comparatismo, el estudio de las instituciones en su tratamiento literario, las relaciones entre el texto y la imagen, etc. Con ello, lo que a primera vista parece un homenaje, se transforma rápidamente en un panorama de los nuevos aires que recorren las sierras de la crítica cidiana "cuando no se oyen en la hazaña / resonar en el viento los clarines de España / ni el azorado moro las tiendas abandona / al ver al sol el alma de acero de Tizona" (Rubén Darío, "Cosas del Cid", apéndice 8 del artículo de Alberto Montaner Frutos).

Una de las líneas principales de articulación de los estudios es la que permite vincular instituciones políticas y su transformación en los distintos tipos de discurso. Isabel Alfonso demuestra, por ejemplo, que la distinción en el Cantar III entre venganza personal y una reparación legal resulta innecesaria, siempre que el fenómeno se estudie en el marco sociopolítico de una corte que acepta como forma de control social el concepto legal de venganza personal dentro de un sistema más amplio, como demuestra con su artículo ("Venganza y justicia en el *Cantar de mio Cid*", pp. 41-69). En una línea muy cercana, José Manuel Pérez-Prendes Muñoz Arraco estudia la configuración jurídica del *riepto* en la *Historia Roderici* –"El *riepto* contra Rodrigo (1089)", pp. 71-83–, que arroja luz sobre la manera en la

que los tecnicismos legales del derecho consuetudinario (notoriamente cercanos al procedimiento germánico) se incorporan en la crónica latina. Bien conocido en el derecho visigodo y germánico es el concepto de *ira regia*, que Ghislaine Fournès estudia desde la perspectiva del sistema jurídico alfonsí, con el propósito de entender el valor del concepto en el contexto alfonsí por sí mismo, pero también para explorar la posteridad política y literaria del *Cantar de mio Cid*, sin duda conocido en este marco cultural (“Un motivo cidiano en la obra de Alfonso X: la ira regia”, pp. 285-294). Aunque las conclusiones de Fournès no me parecen acabadas (pues no hay nada más difícil de tratar y probar que las influencias), sin duda su estudio es sugerente y demuestra con creces que el tópico de la ira regia continuó despertando interés en la corte alfonsí.

Jesús D. Rodríguez Velasco estudia el ritual de la investidura caballeresca del Campeador en varios documentos cronísticos y literarios, dando relevancia a pequeños detalles que pudieron ser muy significativos para caracterizar la figura del Cid entre la dependencia o la independencia vasallática, según la representación que mejor acomodó a los distintos grupos de lectores (“El Cid y la investidura caballeresca”, pp. 383-392). José Manuel Pedrosa, por su parte, estudia también la caracterización heroica del Cid desde las resonancias que su imagen como donador pudo tener entre los receptores del *Cantar*, a la luz ya no de los modelos sociopolíticos retratados por los grupos receptores de la época, sino atendiendo a insoslayables proyecciones transhistóricas y transculturales de orientación ideológica y antropológica que permiten desbrozar ecos épicos, políticos y religiosos asociados a la donación –“El Cid donador (o el Cid desde el comparatismo literario y antropológico)”, pp. 295-323. En otro estudio que franquea, igual que éste de Pedrosa, los límites de lo propiamente social o literario, Juan Carlos Conde revalora el papel simbólico de la barba en el *Cantar*. Aunque de manera insoslayable toca temas relacionados con las dimensiones social, histórica, mítica y antropológica –que sin duda tienden a relacionarse solidariamente en el horizonte de recepción del público del poema–, el énfasis está puesto en la función constructiva de dicho símbolo. Aprovechando el concepto de isotopía, Juan Carlos Conde demuestra que la barba no sólo puede verse desde el horizonte de los valores asociados a ella (el honor, por ejemplo), sino que se le debe conceder también atención al fenómeno como uno de los recursos que configuran formal y temáticamente el poema, con un alto grado de estrategia y complejidad literaria que pocas veces estamos dispuestos a aceptar cuando se trata de textos medievales, pero que se encuentran ahí a la espera de un estudio que los destaque, como demuestra este análisis minucioso (“Construcción de sentido y dinamismo textual: la barba como símbolo en el *Poema de mio Cid*”, pp. 211-241).

Aunque pocos en número, los estudios lingüísticos o retóricos también estuvieron presentes para demostrar los nexos ineludibles entre la lengua y los cauces ideológicos de las instituciones políticas. En esta línea, Bernard Darbord estudia los campos léxicos que fijan la relación entre rey y vasallo en el *Cantar de mio Cid* (“Sobre la expresión del poder en el *Poema de mio Cid*”, pp. 29-39) y Corinne Mencé-Caster demuestra las distintas formas de tratamiento a las que se sujeta la figura del Cid en el *Liber Regum* y el *Cantar*, supeditado, en uno, al linaje, y en otro, al lugar nativo, claras consecuencias de la orientación ideológica de los textos (“Acerca del sistema de los *loci a persona* en el *Liber Regum* y en el *Cantar de mio Cid* y de sus aportes al significado de la figura del Cid”, pp. 93-98). Emma Falque, en “El romance que aflora en el latín de la *Historia Roderici*” (pp. 85-92), apunta la posible autoría aragonesa de la *Historia* basada en el análisis de varios casos de interferencia entre una lengua romance progresista no castellana y un latín vivo que acepta las novedades de un romance coloquial latinizado.

Otra veta bien aprovechada del congreso es la que describe las transformaciones ideológicas del significado social y político de la imagen del Campeador, a partir de su configuración en distintos textos y con diversas claves de lectura en función de los grupos receptores para quienes se refuncionalizaron las gestas del héroe. David G. Pattison, en “El mio Cid del *Poema* y el de las crónicas: evolución de un héroe” (pp. 23-27), marca el ritmo de esta perspectiva de estudio en un trabajo breve pero sustancioso donde demuestra cómo los textos cronísticos posteriores acentúan la vertiente ejemplar del héroe, limando (o “saneando”, como escribe Pattison) las asperezas de una conducta no siempre acorde con los modelos de moral que se van imponiendo paulatinamente en la corte alfonsí y de las reelaboraciones del siglo XIV. Por su parte, en “¿Santo u hombre ilustre? En torno al culto del Cid en Cardena” (pp. 99-120), Patrick Henriët estudia lo que podríamos llamar, parafraseando a Pattison, “la evolución eclesiástica del héroe”, al centrar su estudio en la manipulación de la figura cidiana en el discurso ligado a las instituciones eclesiásticas (especialmente, la perdida *Leyenda de Cardena* y sus derivaciones en la historiografía alfonsí), donde más que ver una santificación ingenua del Cid (fenómeno al que parece aludir la idea del “culto cardenense”), se analizan las coordenadas ideológicas que construyen el concepto del *vir illustris* en la apropiación que hace la iglesia de un género bastante socorrido por esos años, las compilaciones biográfico-apologéticas *De viris illustribus*, de raíz clásica. La lectura de estos dos artículos, el de Pattison y el de Henriët, resulta sin duda complementaria: mientras en uno se analiza la perspectiva ideológica que domina en la historiografía cortesana del período (la formación de modelos de conducta), en el otro se analiza la conformación del hé-

roe de acuerdo con las virtudes que dominan en el discurso eclesiástico; la lectura conjunta permite comparaciones que enriquecen uno y otro panoramas.

Bajo un título engañosamente breve como el de “Rodrigo y el gajo” (pp. 121-179), Alberto Montaner Frutos esconde un trabajo minucioso y erudito, acaudalado en conocimientos, páginas y materiales posteriores para que el lector pueda seguir profundizando (casi sesenta páginas impresas, donde las últimas veinticinco están dedicadas a la edición de los textos, en muchos casos acompañados de un aparato crítico que permite incluso dar cuenta de variantes importantes de transmisión). Aquí, Alberto Montaner va desgranando los distintos textos en los que aparece el pasaje, desde la versión prosificada de una perdida *Gesta de las mocedades de Rodrigo* (a partir de la *Crónica de Castilla*), hasta las *Mocedades de Rodrigo*, las versiones auriseculares en sus distintas adaptaciones (cronísticas, romancísticas y dramáticas), con notables ausencias (como sucede en *El honrador de su padre* de Juan Bautista Diamante o en *Las mocedades del Cid* de Jerónimo Cáncer y Velasco), el teatro de Hartzenbuch y las versiones finiseculares de Barbey d’Aurevilly y de Rubén Darío, observando en este vasto recorrido los caminos ideológicos que toma la secularización del episodio, donde los ecos hagiográficos que resonaban en los textos medievales se van silenciando para dar paso a la resonancia cívica del pasaje y valores más abstractos como la filantropía.

Georges Martin demuestra, en “El Cid de las *Mocedades*” (pp. 255-267), la supremacía de los valores políticos en la configuración del héroe de las *Mocedades* en la *Crónica de Castilla* y en el *Cantar de Rodrigo*, en un contexto de rivalidad cortesana que evoluciona desde la promoción social de los infanzones, en el *Cantar de mio Cid*, hasta la promoción política de las *Mocedades*, donde el Cid es “un aventurero social y político que, dentro del reino y el sistema, intenta subir los escalones de la privanza y el poder apartando a los rivales ya instalados”, con la ambición de sustituir “la vieja nobleza de linaje por una nueva nobleza de servicio” (p. 267). Rafael Beltrán estudia las conexiones entre los textos y la iconografía de algunas misceláneas históricas del siglo xv (la *Suma de virtuoso deseo* de autor anónimo y la *Anacephaleosis* de Cartagena) con testimonios escultóricos relacionados con la representación del pasado regio castellano (la decoración del Alcázar de Segovia, terminada durante el reinado de Enrique IV), para mostrar dos vertientes de un mismo fenómeno: por un lado, la importancia del proyecto político castellanizante en la paulatina incorporación de personajes militares como el Cid o Fernán González en la serie iconográfica de las jerarquías nobiliarias; por el otro, el principio de solidaridad que domina en las artes del período de cara a este proyecto político impulsado primordialmente por Cartagena (“Problemas en torno a la integración de la figura del Cid en

las series icónicas y textuales de la realeza”, pp. 393-405). Patricia Rochwert complementa esta visión, por lo menos en la parte textual, al analizar los procesos locales de incorporación de la figura del hidalgo en el contexto de recepción de la *Crónica de Castilla*, marcado por el ascenso social y político de una aristocracia caballeresca y una caballería municipal (“El *Cantar de mio Cid* y la *Crónica de Castilla*. Emergencia y valoración de los nuevos linajes en la historiografía neoalfonsí”, pp. 269-283). Finalmente, Marta Lacomba revisa el papel que representa la figura cidiana en el proceso de *translatio imperii* a la muerte de Fernando I, como “espejo de vasallos”, en el paso de la historiografía latina a la *Versión crítica* alfonsí (“Epígonos cidianos: la muerte de Fernando I en Cabezón”, pp. 243-254).

La vertiente literaria de los estudios estuvo bien representada por artículos que tienen como foco de interés el análisis de los indicios que permiten reconstruir, a veces a partir de huellas muy sutiles, el contexto de recepción coetánea de las obras medievales. Fernando Gómez Redondo estudia con minuciosidad lo que llama fórmulas de recitación (133 formas ilocutivas que permiten mantener la comunicación entre recitador y público), clasificándolas de acuerdo con sus funciones en el *Cantar*. El resultado es la articulación de varios niveles de sentido en los que la participación del público es gradualmente más importante: desde el “ver” y “oír” de la acción épica en la que el público participa como espectador hasta el “sentir” y “saber”, que involucra a los receptores en el examen de las conductas de la nobleza (“Recitación y recepción del *Cantar*: la transmisión de los modelos ideológicos”, pp. 181-210).

José Manuel Cacho Blecua y José Manuel Lucía Megías ofrecen, cada uno en artículos independientes, pero con puntos de vista complementarios, datos importantísimos para entender el papel que jugaba la iconografía en los procesos de recepción. En “Texto, grabados y configuración genérica de la *Crónica popular del Cid*” (pp. 339-363), Cacho Blecua muestra los distintos cauces editoriales que convergen en la formación de lo que podría considerarse un nuevo género, el de las crónicas breves populares. Pasando por procesos muy complejos de fijación de modelos iconográficos en la configuración plástica de la materia caballeresca, de segmentación de las crónicas generales, de perduración de una lengua arcaizante ligada a los sustratos textuales anteriores, de simplificación en los sistemas de cómputo y de adaptación en las rúbricas, Cacho Blecua ofrece nueva luz sobre la configuración de la *Crónica popular del Cid* y de su importancia en la conformación del género de las crónicas populares y de la materia caballeresca. Lucía Megías subraya, por su parte, el significado que conservan las complejas relaciones entre la imagen y el texto para una *Teoría de la lectura coetánea*, que la obsesión por ilustrar ciertos episodios de la *Crónica popular del Cid* apunta, indudable-

mente, al horizonte de expectativas del lector coetáneo (“Leer el *Cid* en el siglo XVI”, pp. 407-421). María de Jesús Lacarra, en “La ejemplarización de la materia cidiana en Diego Rodríguez de Almela: el episodio de Martín Pelaez” (pp. 365-382), revisa de manera minuciosa las ocasiones en las que Rodríguez de Almela se ocupa de la materia cidiana, desde el *Valerio de las estorias escolásticas e de España* hasta el menos frecuentado *Compendio historial*, destacando un propósito moral desde la selección y organización de los materiales en su obra. El destino de este recorrido es un análisis puntual del encuentro del *Cid* con Martín Pelaez y de las estrategias de tratamiento que sigue Rodríguez de Almela para incorporar un relato proveniente quizá de la tradición oral en el marco de la filosofía moral de la época.

Carlos Alvar se centra en algunos episodios del *Cantar de mio Cid* para insistir en la notable presencia de tópicos literarios de la tradición épica europea. La fidelidad vasallática, el engaño a los judíos, el humor y los infantes de Carrión, el saludo del arcángel Gabriel, son en buena medida tópicos de la tradición épica o folclórica que serían descodificados por un público versado en cantares de gesta, y para quienes la historicidad de los datos constituiría tan sólo el decorado de una obra más literaria que noticiera (“El *Poema de mio Cid* y la tradición épica: breves comentarios”, pp. 9-21). Ángel Gómez Moreno señala, en paralelo con Carlos Alvar, la manera en la que la materia histórica se adapta paulatinamente a los tópicos más llamativos de una poética general del Romancero hispánico (“La poética del Romancero y la materia cidiana”, pp. 325-338).

Con *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas* se abre un capítulo más en los estudios cidianos; un capítulo señero y al mismo tiempo estimulante por las perspectivas novedosas que apunta; sin duda, una provechosa orientación para los estudios cidianos del siglo que comienza.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

LUIS M. GIRÓN-NEGRÓN, *Alfonso de la Torre's "Visión deleytable". Philosophical rationalism and religious imagination in fifteenth century Spain*. Brill, Leiden, 2000; 306 pp.

Girón abre y cierra su libro con las opiniones poco favorables de Crawford (1913) y Curtius (1952) en cuanto al valor, originalidad, utilidad, de *Visión* como “enciclopedia medieval en la línea de las clásicas recopilaciones escolares” (descripción de Jorge García López en la introducción a su edición crítica de 1991), y se justifica. No he leído a Crawford, pero el resumen (o cita indirecta), algo *off hand*,